

El lenguaje radiofónico*

Cristina Romo**



*... escucho sin mirar
y así veo*

Pessoa

La radio es el medio sonoro por excelencia. Es sin duda, según McLuhan, la extensión de la boca, de la laringe, de los pulmones del hombre; pero más aún, es el altavoz del cerebro humano. ¡Qué mejor instrumento para el habla!

El habla de la radio es lo único existente cuando se emite, si es que hay un interlocutor que lo percibe, y conste que no he dicho un receptor. Un receptor sólo recibe. Un interlocutor, además de escuchar, procesa y resignifica; recrea y evoca; usa y hace cosas con las palabras.

Si es que hay alguien que lo percibe. Si es que hubo alguien que logró convocarlo al diálogo creativo que puede establecerse a través del aire entre personas que son sensibles y capaces de significar en común, aun cuando no haya una respuesta inmediata, en presencia y a través del mismo canal, como exigen los puristas para catalogar un proceso como comunicativo. Ahí es donde está la clave de la comunicación radiofónica: en que se puede dar aunque los interlocutores no se vean; la mayoría de las veces ni se conocen, pero se pueden entender y pueden crear sentido en común.

Porque el lenguaje radiofónico no tiene límites, y exige eso, que no se le limite, ya que el medio está abierto para que a través de él transiten y se muevan con libertad las palabras, los enunciados, las ideas, los pensamientos, los sentimientos, el acontecer, el humor, la filosofía, la vida... Todo lo que puede ser expresado con palabras puede ser transmitido por radio, ¿y qué cosas no pueden ser expresadas con palabras o transformadas en sonidos.

Por esto indignan tanto los hablantes improvisados. Los que tienen, con frecuencia, el vocabulario

más reducido; los que son incapaces de buscar y encontrar todas las posibilidades de la lengua; quienes se conforman con las formas de expresión más trilladas; quienes tienen tomados, ocupados, los micrófonos de la mayor parte de las cabinas de las emisoras, por lo menos en este país.

Frases que no resisten el más mínimo análisis, son pronunciadas día tras día, minuto a minuto a través de la radio. No es raro escuchar:

"[...] los responsables huyeron sin lograr su detención".

"El cuerpo edilicio de la comunidad tonalteca".

"Los dictámenes se están recepcionando [...]".

"Hay que contactar al Seguro Social [...]".

"Se trabaja en eficientar [...]".

"[...] eso es por los malos funcionarios que debe haber".

"Mataron presuntamente a un joven porque no hizo caso de las señas [...]".

Los locutores y todos los hablantes de la radio tienen, aun sin saberlo o asumirlo, la responsabilidad del uso social de la lengua, ya que buena parte de la población no tiene más contacto con ella que lo que escucha por radio y televisión; el uso personal, cotidiano, como todos sabemos, es reducido, repetitivo, obvio; se limita a lo doméstico y a los amplios espacios de silencio en donde viven, por ejemplo, las mujeres, aunque se diga lo contrario, y resulta muy injusto que se les sujete a la verborrea y a las canciones insustanciales con que se suelen llenar los espacios radiofónicos.

* Conferencia presentada en el Congreso Internacional de la Lengua Española, Zacatecas, abril de 1997.

** Profesora Numeraria y Emérita del ITESO.

A un medio oral como la radio le corresponden, necesariamente, tareas ineludibles como el resguardo, la purificación, la ampliación y la difusión de la lengua. Emisoras como las indígenas en México, se han dado a la tarea de "limpiar" de palabras españolas la lengua de la etnia de la comunidad en donde están inmersas cuando existe la correspondiente. Sin embargo la experiencia en el resto de las estaciones es que si se puede usar una palabra o una construcción sintáctica de otro idioma, se hace, porque eso da la impresión de ser cosmopolita, culto y educado, cuando la realidad es que utilizar ciertas palabras no es más que pueblerino, payo y pretencioso.

La lengua se modifica. Eso nadie lo duda ni debe evitarse. Es un ente vivo, cambiante, social, y como tal se ve afectado por lo que ocurre en la sociedad y su evolución. Constatamos que hay vocablos que hemos dejado de escuchar y de usar porque el contexto y las circunstancias en las que se daban no existen más o se han modificado. Así, ya no llamamos manguillo al utensilio para escribir, ni decimos "atiza el fogón" al comenzar a cocinar, ni hablamos de jornadas para referirnos a la distancia. Por otro lado, comienzan a ser palabras de uso común: computadora, estar en red, procesador (de alimentos, de palabras), te envió un fax.

Esas son modificaciones naturales que responden a los cambios correspondientes en la vida cotidiana. Buena parte de las transformaciones de la lengua provienen de los medios de comunicación y no obedecen obligatoriamente al uso natural y social de la misma, sino a imposiciones ajenas o, si bien nos va, a cierta economía de palabras, por aquello de que el tiempo es oro. Así, se van eliminando poco a poco los artículos y se incorpora el innecesario e incorrecto uso del gerundio, que son peculiaridades propias del inglés, como: "Tú estarás en olímpicos", escuchado aquí el año pasado, o la expresión: "Gobernando es la mejor forma de servir al pueblo".

En una conferencia sobre los medios de comunicación y la lengua española, Juan Lope Blanch decía:

La lengua es algo muy serio y debe merecer todos nuestros respetos. Es un bien común el máximo bien humano y no podemos jugar con ella caprichosamente: nos pertenece a todos, y nadie tiene derecho a alterarla a su particular capricho. Todos debemos cuidarla con devoción, sin deformarla ni corromperla a nuestro gusto [...]

Y en esa labor de cuidadosa conservación de un bien común a varios cientos de millones de hablantes, tienen la máxima responsabilidad quienes disponen de medios de difusión lingüística tan poderosos como

son la radio y la televisión. En ellos no cabe disculpar ni desidia ni atrevimientos injustificados.¹

El habla de la radio no va sola, ni se atiene solamente a sus posibilidades. Cuenta con el recurso de la música y de todos los sonidos, y en conjunto forman el lenguaje radiofónico. Armand Balsebre, en su libro *El lenguaje radiofónico*, dice que éste "se constituye de los sistemas expresivos de la palabra, la música y los efectos sonoros" y define al sistema semántico radiofónico como "una sucesión ordenada, continua y significativa de 'ruidos' elaborados por las personas, los instrumentos musicales o la naturaleza, y clasificados según los repertorios/códigos del lenguaje radiofónico".²

Tan grave es considerar como radio a la sola emisión de música, como creer sólo en la palabra hablada, sin hacer uso de otros recursos sonoros; sería tanto como hacer un programa en el que hubiera sólo efectos sonoros, como los que se hacen en clase como ejercicio. Los tres son elementos indispensables en la radio.

Una buena parte de los dueños de la radio han trastocado la vocación del medio y lo han convertido en sólo difusor de la música. Aunque la música es uno de los principales productos sonoros y por ende un importante contenido de la radio, hablar de radio de esta manera es una simplificación y un empobrecimiento del medio. De hecho, la radio es un medio desperdiciado, y como dice Angel Faus, un medio desconocido.³ Desconocido y desperdiciado en sus posibilidades, en sus potencialidades, en su capacidad expresiva y comunicativa. Más bien se le quiere manejar con las características de otros medios, ante los cuales puede parecer limitado. Así, se dice de la radio que es imprecisa, que carece de la fuerza de lo permanente, que tiene limitado su acceso sensorial, y precisamente por esas características la radio es personal, cercana, propia. Por eso es flexible; por eso puede despertar la imaginación y hacernos pasear por lugares ignotos, transmitir sentimientos profundos, transitar por el tiempo. Ir y venir, subir y bajar, abrir y cerrar.

Hacer radio es establecer comunicación, crear sentido en común. Es considerar al receptor como un interlocutor; porque la radio provoca en la audiencia una relación personal gracias a la cualidad del sonido de ser introyectado, a la posibilidad de que quien escucha recree el mensaje de acuerdo con su experiencia, sus vivencias, su historia. El oído es un sentido atento, que no se cierra o se "apaga"; que invita a y propicia la introyección hacia un mundo interno pleno de experiencias y sensaciones visuales, táctiles, auditivas. El lenguaje radiofónico es flexible



I de nostalgia, 1991, acuarela y lápiz sobre papel, 70 x 50 cm.

y permite expresar casi cualquier cosa porque apela a la imaginación y a la buena voluntad del que escucha. De ahí que el elemento más importante sea el habla, la palabra, la voz, sin perder de vista que va acompañada de la música y el ambiente sonoro.

La palabra es acción y es acto. Tomar la palabra es una de las tareas propias del hombre vivo. "La palabra es para el hombre comienzo de existencia, afirmación de sí en el orden social y en el orden moral. Antes de la palabra sólo hay el silencio de la vida orgánica que, por lo demás, no es un silencio

de muerte, pues toda vida es comunicación", en palabras de Gusdorf.⁴

Aunque muchos verbos se refieren a una acción, hay palabras que son lo que dicen, en el hecho de decirlas. Una de éstas es nombrar, con lo que el hombre llama a la existencia a eso a lo cual nombra; llamar a las cosas por su nombre es una manera de expresar su esencia. Otra de esas palabras es, precisamente, radiar o hablar por radio, comunicar por radio. Me habla, nos habla, tú hablas; me dice, nos dice, tú dices. La palabra radial está ahí para conven-

cer, aconsejar, acariciar, recordar, evocar, convocar, provocar, halagar; pero nunca para murmurar, insultar, regañar, alejar. En la radio no hay acción ni comunicación sin la palabra.

Cuando un locutor de radio o el hablante de radio sólo hace uso de su capacidad verbal y de las características del medio, lleva a cabo un acto exclusivamente fonético, locucionario, en términos de J.L. Austin.⁵ Se trata de un lector de textos que otros escribieron, un presentador mecánico de canciones, aunque haya un cierto sentido y alguna referencia; pero él no los hace explícitos: "Escuchamos a Luis Miguel en esto que se llama *La incondicional*".

Al transmitir un anuncio, al describir y enunciar, cuando el locutor lee las noticias, es probable que esté dando un paso más y entonces busque una respuesta para lograr un efecto: comprar o usar un producto o servicio, advertir, informar. Sólo pide que se le reciba y se le entienda. Con decir, basta; con hablar, cumple. Realiza un acto fático y con frecuencia las consecuencias no importan. El lenguaje puede resultar un sinsentido o ser confuso, como en aquella ocasión en la que el conductor de una entrevista preguntaba: "¿Utilizan qué aparatos?" donde el locutor, distraído con su verborrea, repentinamente se da cuenta que tiene que preguntar algo, lo hace de carrera, sin reflexionar y retuerce una simple pregunta: ¿Qué aparatos utilizan?, en algo alambicado y confuso. O cuando un noticiero abrió con lo siguiente: "El PRD ganó las elecciones en Morelia", dijo fulano de tal, presidente estatal de ese partido", y el radioescucha, quien se distrajo y por supuesto no vio las comillas, comentó después una información errónea.

El locutor de radio o el hablante de radio es realizativo cuando no le basta con decir algo, sino que al decirlo realiza una acción. Entonces son muy claras sus intenciones de comunicar, de comunicarse, de entrar en relación con el escucha, con su interlocutor, a través de actos de habla en los que se logra algo (perlocución); porque se convenció, se persuadió, no se obligó. Porque es él o ella quien habla, quien dice, y no otro.

El lenguaje radiofónico es por naturaleza un lenguaje oral. Sin embargo, aunque parezca perogrullada, hay que señalarlo y repetirlo porque los hablantes, los emisores, los locutores, lo olvidan. El lenguaje oral se caracteriza por su construcción simultánea con el pensamiento. Se elabora en situación; es razonamiento que se va haciendo. Si bien su finalidad es convencer, informar, interrogar, también es escuchar y dejarse convencer, enterarse y responder. El hablante de radio es también un escucha, y eso más o menos lo comprende el que improvisa,

pero a los que escriben para la radio se les olvida muchas veces usan un código escrito para ser leído y no un lenguaje oral para ser escuchado. Con frecuencia esto ocurre con los reporteros noticiosos, a los que les interesa más emitir la información que ser comprendidos.

La concepción del lenguaje en la radio suele ser letrada y no oral. Se le quiere manejar, planear, programar, desde el código literal y no desde el habla. Los textos se escriben sin respetar o sin recordar que serán leídos en voz alta y en presencia de nadie y que al mismo tiempo deberán ser oídos, escuchados, percibidos, recibidos, asumidos, por seres humanos que están en otra parte y quieren dialogar con él; que aceptan la convocación, pero que no pueden captar la intención, la riqueza y la expresividad si éstas no son transmitidas, es decir, si no están en el mensaje que se les envía. "Sólo cuando la escritura se lee, en voz alta, cuando se la locuta (sic), sólo entonces, el acento de una grafía adquiere ánima o soplo de vida."⁶

El lenguaje radiofónico se estructura sobre la base del lenguaje coloquial, familiar, cercano, y por esa razón se introyecta en la mente y el alma del oyente. La radio es un medio que nos convoca, nos llama, y aunque lo hace personalmente, en forma íntima, somos muchos —una comunidad social— los convocados por el mensaje. Gracias a ese carácter personal y social al mismo tiempo, el lenguaje radiofónico, compuesto por los elementos sonoros necesarios, es capaz de suscitar, por la fuerza de las palabras, su capacidad de recoger lo que tiene significado común y la experiencia propia de los interlocutores, la presencia de hechos, sentimientos o sucesos pasados; evocar lo que tiene sentido.

Es un juego de lo personal y lo comunitario. El oyente no es aislado ni está solo, aunque sí es único. No es sólo miembro de un grupo social; es uno y parte, por lo que de común puede construir con otros desde sí mismo y su experiencia. La capacidad evocadora de la radio, la que hace que la experiencia acumulada se represente en común, se traiga a colación, sirva de base a lo que se dice ahora, permite la comunicación.

Entre convocar, evocar y provocar, la radio puede hacer un uso ilimitado de esto último, de la provocación. "Provocar no significa irritar a alguien gratuitamente para que se enoje. Provocar es llamar, llamarnos en pro, en favor de una causa, un valor, una fe, una vida", dice Raúl Mora, ocasional filósofo de la comunicación.

Por su parte, Fernando Vásquez dice que "la radio es el medio que más mentira provoca y que más posibilita. Por sus mensajes provocadores y tenden-



G.E.S., 1987, acuarela y fotomontaje sobre papel, 31 x 31 cm.

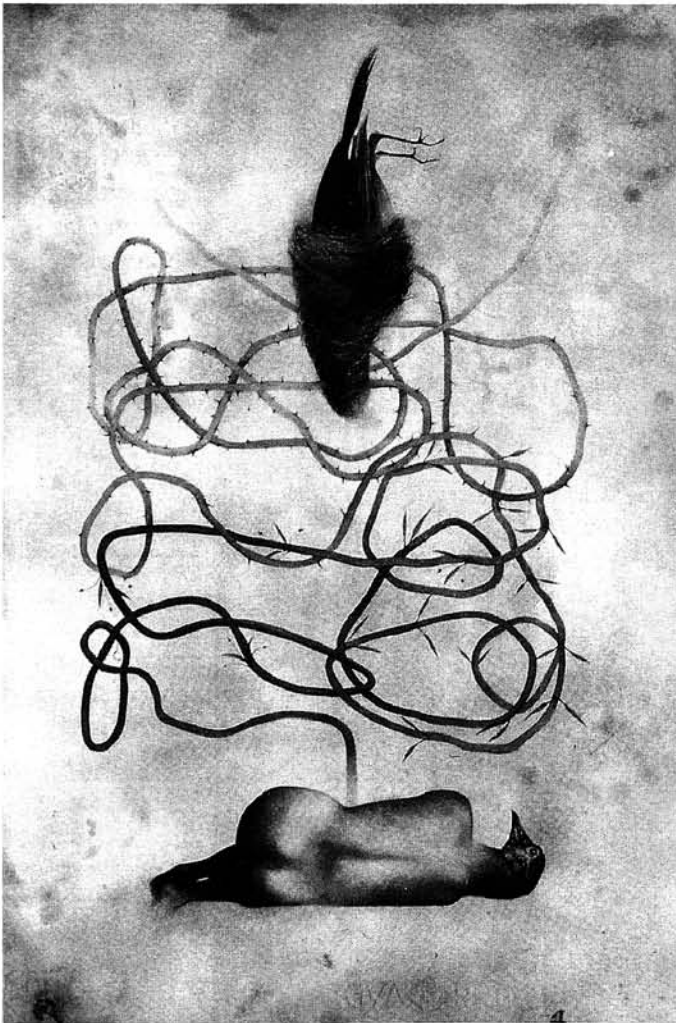
ciosos un hombre o un pueblo puede tomar un arma; por sus 'esguinces informativos', por su premura en dar la 'chiva' alguien puede crear el pánico o enjuiciar a un inocente".⁷ La capacidad provocativa es, como se decía más arriba, ilimitada. Se trata de provocar al diálogo, a la imaginación, a la discusión, a la fantasía, a la conversación, a la poesía.

Aunque en las primeras transmisiones sólo se imitaban otras formas expresivas, desde muy temprano se reconoció el potencial del lenguaje, las posibilidades del habla radiofónica. La radio requiere un lenguaje que aproveche al máximo las características de lo oral; con él, la comunicación se da en un marco de calor humano; más aún, ese lenguaje crea ese calor, que Fernando Vásquez define así: "calor que uno, aunque sea imaginariamente, puede sentir

como gestual, como repleto de manoteos, de insistencias y de una muy especial acentuación",⁸ y al que le asigna el mismo ánimo y matiz que poseen el diálogo, la discusión y el debate.

El lenguaje radiofónico palabra, música y sonidos puede crear ambientes, escenarios, decorados, vestuarios, climas, sentimientos, ilusiones, alegrías, miedos, siempre y cuando esté bien estructurado, adecuadamente utilizado, oportunamente emitido. En una ocasión, al preguntarle a un niño cuál era su medio favorito, contestó que a él le gustaba más la radio porque en ella los escenarios eran más bonitos. Las posibilidades, con la facilidad que da el sonido, son prácticamente infinitas para el melodrama. Las mujeres más bellas del mundo son las que cruzan por los escenarios radiales, y son cortejadas por los más

Dormida en sus laureles, 1995, acuarela sobre papel, 50 x 35 cm.



exitosos y guapos galanes. Susana y Juan Carlos: "siempre los galanes se llaman Juan Carlos y enamoran a Susana", dice Antonio Skármeta, y también afirma: "mi infancia fue un largo idilio con la radio", la que escuchaba junto con su abuela, "que era gorda y dulce" y en los comerciales "pronosticaba con fuerte acento yugoslavo lo que pasaría en los próximos minutos a la heroína".⁹

Los protagonistas del drama radial, quienes viajan por los mejores lugares del mundo y de un día para otro pueden aparecer como habitantes del barrio más pobre, viejos y abandonados, lo pueden hacer porque los hechos existen en tanto se van diciendo. Por desgracia, el radiodrama es un género en vías de extinción que debería ser recuperado para bien del público y del recurso en sí, para múltiples fines, en especial los educativos y culturales.

El locutor, como observador de los hechos y puente entre ellos y la audiencia, puede hacer presente a ésta en lo que narra; hacerse creíble y provocador de las fantasías. El mismo Skármeta decía que en su infancia "los fantásticos locutores radiales

hacían del más aburrido partido de fútbol una contienda mítica". Los jóvenes actuales han perdido la oportunidad de ver con los ojos del alma lo que ocurre en el mundo. Sólo son capaces de ver con el código vertiginoso de los *videoclips* dentro de una pantalla, bien sea de televisión o de computadora, y son capaces de creer lo que la tecnología virtual les presenta y no lo son de aceptar que escuchar las corridas de toros por la radio era una experiencia real, propia y personal en las que las faenas se llevaban a cabo como cada quien era capaz de verlas en su imaginación, a partir de lo que describían Paco Malgesto y Pepe Alameda. Tratándose de sonido, los oídos modernos aceptan sin replicar la estridencia, el sonido ensordecedor y atrofico. Habrá que recuperarlos.

Es necesario restablecer la rica vida de la radio, incorporar nuevamente la palabra, más allá del mero anuncio de la siguiente melodía o la transmisión de informaciones frías. La palabra de la radio, para cumplir su cometido de comunicabilidad y hacer honor a su potencial, debe estructurarse dentro de unos lineamientos que garanticen su recepción.

Por la propia imprecisión del sonido, el que se pierde con facilidad y está sometido a distracción sobre todo visual, la redundancia es un elemento al que hay que recurrir frecuentemente, bien sea cambiando el contexto, explicando una situación o agregando un ejemplo; lo importante es que se garantice que la idea pueda ser adecuadamente percibida.

En la radio el lenguaje debe ser muy "visual", puesto que se tratará de suplir a la vista. Ese ciego involuntario en el que se convierte el oyente de la radio requiere tener a disposición la información y las referencias que le permitan percibir en plenitud. Por fortuna, para estos fines contamos con que el lenguaje oral es seductor, emotivo, expresivo, o puede serlo, basta con quitarle lo lineal y hacerlo girar alrededor de lo que se quiere decir, añadiendo cada vez imágenes, figuras, elementos provocativos. Escoger el tono y hasta el tipo de voz de acuerdo con los fines que se quiere lograr, la hora del día y el público al que se dirige, de preferencia siempre en forma coloquial, como quien conversa.

Nunca, porque son enemigos de la palabra radial, el cotorreo vacío, los gritos destemplados que son una alharaca sin sentido, demasiado frecuente en nuestras emisoras, donde se juntan risas y alaridos con expresiones que sólo los que están dentro de la cabina comprenden, porque se basan en referencias particulares. Cercana al parloteo insulso y ruidoso está la utilización de vociferaciones para convencer, llamar la atención y por lo tanto imponer, cuando es la voz íntima, baja y personal, la que comunica y

persuade a los interlocutores. Por su parte, el tono sabelotodo, la impostación de la voz y la verborrea, son prácticas que alejan al oyente; nadie escucha la radio para ser regañado.

La radio es una invitación al diálogo, a la conversación, que es "una de las maneras más significativas de estar juntos".¹⁰ El diálogo se da entre interlocutores que intentan una comunicación interpersonal; sin embargo, dice Pasquali que "la comunicación mediaticizada ha introducido en el diálogo humano una injusticia distributiva porque tiende a favorecer al emisor y a minimizar o silenciar al receptor o usuario [...] El receptor se ve cada día más en situación de diálogo interrumpido, de no poder responder inmediatamente".¹¹ El buen emisor que intenta comunicarse es el que considera al oyente imaginario como alguien concreto y se dirige a él con la intención de recibir una respuesta dialógica, y no en forma de monólogo. Por eso recurre a ciertos usos pronominales que hacen presente al escucha, con expresiones posibles al hacer referencias personales como "tú que me escuchas", "como ustedes saben", "de acuerdo con eso que ustedes prefieren", "qué les parece si ahora vamos..."

Escrito o improvisado, el lenguaje verbal de la radio es el mismo que el lenguaje cotidiano; sin embargo, requiere un manejo sintáctico que facilite la percepción y la comunicación, de manera que se logre ser atractivo, sugerente, provocador, visual, personal, propio. Por ejemplo, es recomendable estructurar el discurso con frases cortas, pero concluidas, ya que los oyentes no se van a quedar esperando a ver si les completan la información; si no entienden o no se interesan, abandonan la escucha.

Se sugiere que las oraciones sean contruidas de la manera clásica sujeto, verbo y complementos para facilitar la comprensión. Asimismo, la repetición frecuente del sujeto y evitar rodeos innecesarios, hará que el público sepa de qué o de quién se está hablando; además de que siempre hay que suponer que nuevos oyentes se nos han unido.

Es necesario utilizar una puntuación novedosa, que no es la que se usa en la escritura sino aquella que responda más a la intención y al código oral, basada en la pronunciación, el acento, el énfasis, las pausas, los silencios, la música, los efectos.

No niego que la forma más actual de comunicación y el lenguaje más moderno es el visual, vertiginoso, intermitente de la televisión, del video y de la computadora; pero precisamente se trata de recuperar lo apacible, lo sosegado, lo personal, lo íntimo de lo oral. Parafraseando aquello de que el sabor lo inventó Dios para acariciarnos por dentro, el sonido, la música, la palabra oral y su acertada combinación



Aparentemente tú mismo es tu WC, 1993, óleo sobre tela, 200 x 160 cm.

fueron inventados para acariciarnos la mente y, más aún, el alma. ♦

Notas

1. Lope Blanch, Juan. *Los medios de información y la lengua española*, UNAM, México, 1988, p.15.
2. Balsebre, Armand. *El lenguaje radiofónico*, Madrid, 1994, pp.20-24.
3. Cfr. Faus Belau, Ángel. *La radio, introducción a un medio desconocido*, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1973.
4. Gusdorf, Georges. *La palabra*, Galatea/Nueva Visión, Buenos Aires, 1957, p.77.
5. Cfr. Austin, J.L. *Cómo hacer cosas con palabras*, Paidós, Barcelona, 1996.
6. Vásquez Rodríguez, Fernando. "El libreto literario para radio: una artesanía recuperable", en *Cuadernos Diálogos de la comunicación*, núm.15, marzo de 1991, Lima.
7. *Ibidem*.
8. *Ibid*.
9. Skármeta, Antonio, "¡Reina radio, soy tu esclavo!", en *Nueva sociedad*, núm.100, marzo-abril de 1989, Caracas.
10. Gusdorf, Georges. *Op. cit.*, p.84.
11. Pasquali, Antonio. *El orden reina. Escritos sobre comunicaciones*, Monte Ávila, Caracas, 1991.